

ESPACIO, TIEMPO Y AFECTO EN LA CONFIGURACIÓN NARRATIVA DE LA IDENTIDAD

LEONOR ARFUCH

I. INTRODUCCIÓN

La relación entre tiempo y espacio en la construcción de identidades es susceptible de ser interrogada desde diversas disciplinas, de la geografía a la filosofía, de la historia a la política, de la antropología a la semiótica, de la sociología a la crítica cultural, sin que ninguna de ellas pueda reclamar para sí patente de exclusividad. Temática compleja, que requiere más bien de una perspectiva multidisciplinaria, capaz de articular distintos niveles de reflexión: tal el camino elegido en este artículo.

Un comienzo, entre otros posibles, es quizá la indagación teórica en torno de los significantes involucrados: espacio, tiempo, identidades. Cada uno de ellos porta una pesada carga filosófica y semántica: siglos de interpretaciones diversas y, por cierto, también contradictorias.

¿Cómo definir hoy espacio-tiempo, cuando la virtualidad parece haber anulado la distinción misma entre ambos, la materialidad que los sustenta? Elegimos hacerlo con Doreen Massey (2005:104-106) y su peculiar visión, que convoca también a la filosofía y la política. Según la reconocida geógrafa cultural inglesa, habría tres proposiciones principales para definir el espacio/la espacialidad: 1) el espacio es el producto de interacciones, de interrelaciones, “de lo global a lo más ínfimo de la intimidad”; 2) es la condición misma de posibilidad de la multiplicidad y la pluralidad: “todo reconocimiento serio de la diferencia depende del reconocimiento de la espacialidad”; y 3)

porque es producto de relaciones que están necesariamente implícitas en las prácticas materiales, el espacio siempre está siendo, es un proceso, un devenir nunca acabado, y entonces, una espacio-temporalidad.

Desde esta óptica, que se aleja de la concepción estática del espacio como una “simultaneidad completa y acabada” donde todos los lugares están ya conectados entre sí, se abre una interesante línea de reflexión, que articula curiosamente los tres significantes de nuestro tema.

En efecto, en tanto el espacio es producto de interrelaciones, la constitución de identidades y subjetividades también lo es y, por ende, su definición se aleja del esencialismo —la identidad como posición fija e inmutable— para enfatizar más bien ese carácter relacional. Por otra parte, si se imagina el espacio como necesariamente abierto a la multiplicidad y la diferencia, el sentido de estas relaciones se traduce en términos de pluralidad y de reconocimiento de esas diferencias. Por último, el carácter inacabado del espacio, su apertura a la temporalidad y al devenir, lo hacen también susceptible de transformación e incluso de inversión radical: he aquí su potencialidad política. Por estos senderos, el pensamiento sobre el espacio-tiempo reencuentra las discusiones actuales sobre la configuración —y la pugna— de identidades y diferencias tanto en el escenario local como global, y las apuestas que apuntan a nuevas definiciones de la democracia (Laclau 2000; Mouffe 2003).

Esta posición señala a su vez el territorio de nuestra indagación: los distintos “espacios” —siempre ligados a la temporalidad— que son consustanciales a todo proceso de construcción de identidades, tanto personales como colectivas, teniendo en cuenta la profunda imbricación entre ambas, que el clásico *motto* feminista interpretó en su momento como “lo personal es político”.

2.1 ESPACIOS/IDENTIDADES

Más allá de su materialidad física, de su raigambre geográfica, territorial, arquitectónica, urbanística, el espacio ha adquirido en nuestro tiempo —y quizá desdiciendo ese primado de la “temporalidad” que algunos adjudican a la cultura contemporánea— una extendida cualidad metafórica: espacios del saber, del poder, de la privacidad —tener su “propio” espacio—, de memoria, espacio biográfico, imaginario, político, poético...

También es notable su impregnación en nuestro léxico: hablamos de tránsitos, recorridos, derivas, itinerarios, zonas, lugares, cartografías, escenarios...

Tal ubicuidad no cancela, sin embargo, la vieja distinción entre público y privado, constitutiva de la modernidad, aunque sus límites, siempre borrosos, se hayan tornado casi indiscernibles. Por el contrario, toda modulación de esos espacios, físicos o metafóricos, estará atravesada de algún modo por esa distinción —sujeta, lo más a menudo, a una mutua infracción.

En efecto, si el binomio clásico aparece en general como una dicotomía, donde uno de los términos –lo privado– conlleva cierta opacidad –y hasta negatividad–, cabe preguntarse cuál es el estatuto de esa diferencia en tiempos de “globalización”, es decir, de una visibilidad “sin fronteras”: ¿qué recubre hoy el concepto de lo público? ¿Equivale lisa y llanamente a lo mediático, retiene el privilegio de lo político, se desagrega en la multiplicidad de lo social? Consecuentemente, lo “privado”, ¿concierne todavía a lo íntimo, lo doméstico, la libertad o el interés individual? Y aun: ¿es la relación entre ambos términos realmente dicotómica? Se podría intentar responder con el derrideano “y...” y o “ni... ni” en tanto ambos espacios se solapan sin cesar: lo privado deviene público, sobre todo en las pantallas –todas ellas– sin resguardo alguno de la intimidad, y lo público se torna privado en las zonas grises de la visibilidad democrática –intereses, negociaciones, alianzas secretas, componendas. Lejos de las dicotomías y en acuerdo con la definición que hemos esbozado sobre la espacialidad, podría hablarse hoy de múltiples espacios públicos y privados, en constante movimiento y rearticulación, por más que la primacía de los medios de comunicación produzca un efecto de homogeneidad visual y temporal, una especie de *continuum* de seres y cosas.

En ese flujo continuo de indistinción mediática que configura primariamente nuestra “realidad”, también están en juego identidades e identificaciones, de lo íntimo a lo político, de lo banal a lo trascendente: elecciones de productos –y de gobiernos–, filiaciones, posiciones, adhesiones y rechazos, sistemas de valoración, normas morales, imágenes de sí –y de los “otros”–, en definitiva, formas de vida cuya carga simbólica supera con creces la “propia” experiencia.

Formas de vida que podríamos llamar clásicas pese a su constante actualización visual –sobre todo en la moda y la publicidad–, donde los emblemas de éxito y realización alternan con las debilidades y fracasos –también clásicos–, los personajes y familias modelo –siempre bienvenidos– se enfrentan a nuevos “modelos” que transgreden la norma –en lo posible, en las pantallas– así como los notables o famosos –con la amplitud que queramos darle a esa designación– conviven con la “gente común” en segmentos del espectáculo –o del noticiero– a menudo indistinguibles. Es un momento “democrático” de la televisión, podría aventurarse no sin ironía, donde nada queda “afuera”.

En ese escenario privilegiado de modelización social, que parece comprender todo el abanico posible de lo humano, hay dos registros bien reconocibles, cuya insistencia es un rasgo de época y cuyo impacto en las subjetividades no es menor: la violencia –difusa, “sin nombre”, como la define Pietro Barcellona (1992) o encarnada en atroces singularidades– y la catástrofe –natural o producto de tecnologías de destrucción–, un género ya conspicuo en el noticiero pero también en la ficción. Así, el infortunio –de los cuerpos y las almas– podrá sacar del anonimato la privacidad del “ser común” y ofrecerse como un parámetro de identificación colectiva: una especie

de “compasión global” que la visualidad –cada vez más aterradora– convoca como una nueva ética.

Pero así como lo “público” –y lo trágico– nos alcanza en la rutina cotidiana, en el corazón mismo del hogar, lo “privado” se torna público en la pantalla del monitor doméstico, nuevo reducto de la intimidad “global”.

¿Cómo influye esta indistinción de los espacios –o su multiplicidad– en la construcción de identidades y subjetividades? O inversamente, ¿cómo incide esa nueva subjetividad virtual en la reconfiguración de esos espacios? Y aquí podríamos aplicar el principio dialógico de Mijaíl Bajtín (1979 [1982]): si consideramos el carácter de respuesta de todo enunciado y el protagonismo simultáneo de los partícipes de la interacción, lo cual supone asimismo el movimiento dialógico de la razón y, por ende, de la comunicación, es imposible definir un “primero”. Así, es en ese vaivén dialógico, en el fluir incesante del discurso social, en su “semiosis infinita”, donde se rearticulan –y desarticulan–, de modo contingente y a menudo azaroso, espacios, límites y diferencias.

2.2 EL ESPACIO BIOGRÁFICO

La idea del espacio como consustancial a la configuración subjetiva, tanto del mundo privado como de la sociabilidad, que en nuestra definición no remite a una superficie dada, homogénea y mensurable sino a un terreno de conflictos, fracturas y dislocaciones, es interesante para pensar desde otro ángulo el espacio público contemporáneo –que no se reduce a la visualidad mediática–, cuya crisis se anunciara desde hace más de dos décadas.

Una crisis atribuida prioritariamente al desborde de lo privado en lo público, a un exceso de subjetividad que alteraría el orden primordial de ambas esferas, en términos de regulaciones, prácticas, sujetos y también, por supuesto, incumbencias respectivas de los géneros (*gender*).

¿En qué se manifestaba ese desborde? No sólo en la política, donde la personalidad o el carisma del líder importaba más que su ideología o su programa, sino en una intrincada trama de prácticas y discursos –verbales, visuales, gestuales– centrados en la individualidad, la autorreferencia, la mostración de sí, la apertura de la privacidad, la expresión exacerbada de los sentimientos, la autenticidad de la “propia” experiencia, en definitiva, la glorificación del yo en todas sus aristas, traspasando cada vez más los umbrales de la intimidad. Pero no era solamente un fenómeno mediático, sino que comprometía además otras esferas de la vida social.

Mi interés en lo que aparecía como una fuerte tendencia en el horizonte cultural me llevó a una indagación sobre los géneros discursivos y las formas diversas que adoptaba esa “escalada” de la subjetividad. Postulé así la definición de un espacio biográfico (Arfuch 2002) –una espacio-temporalidad– cuya delimitación tentativa iba mucho

más allá de los géneros literarios canónicos –biografías, autobiografías, diarios íntimos, correspondencias–, por otra parte, siempre en la lista de *best-sellers*, para involucrar nuevos –o renovados– géneros y formatos: mediáticos, audiovisuales, literarios, artísticos y hasta académicos. Así, la entrevista en todas sus formas, las “indiscreciones”, el *talk show* y el *reality show*, el documental subjetivo, el “docudrama”, el “biodrama” teatral, la autoficción, se unían al creciente prestigio y utilización de los métodos biográficos en la investigación, tanto de la historia –y la “microhistoria”– como de las ciencias sociales. Tampoco la literatura permaneció ajena a esta tendencia –ya hay estudios sobre el “giro autobiográfico” de la novelística actual de la Argentina–, sin contar la expansión del género de autoayuda –que muy lejanamente podría considerarse biográfico– y la ulterior y vertiginosa transformación de la Web en un espacio “biográfico” –o *blográfico*– donde las subjetividades parecen desatarse sin límite alguno, aunque quizá más bajo el modo de la autoficción que del realismo. El yo –y sus innúmeros desdoblamientos–, la voz “en directo”, los relatos de vida y las “vidas reales”, la figura del testigo –y consecuentemente el testimonio–, se han tornado así en objetos preciados de conocimiento, en hipotéticos “actos de presencia”. Podría hablarse entonces de una verdadera reconfiguración de la subjetividad contemporánea, susceptible de ser leída en clave sintomática.

¿Por qué sintomática –y hasta podríamos decir, dilemática? Desde ciertas perspectivas, porque justamente estas tendencias parecerían venir a confirmar, en el escenario ampliado de las nuevas tecnologías de la comunicación, las inquietudes que desde la sociología o la teoría política se habían perfilado ya a finales de los años 70: el retroceso de lo público por la “caída” en el narcisismo, la espectacularización, el individualismo extremo y, por ende, el debilitamiento del lazo social y el interés común, la pérdida de las utopías...

Coincidiendo en parte con estas posturas, sobre todo con su potencial crítico, podrían proponerse quizá lecturas más matizadas: lo sintomático del repliegue sobre la identidad personal también puede ser visto como posible búsqueda de autonomía –y aquí el trabajo de las “políticas de identidad”–, como respuesta reactiva a la intemperie de lo público y de la política en el adiós del Estado de bienestar, como autoprotección ante la fragilidad de la vida contemporánea, amenazada tanto por la penuria del (sin)trabajo como por la violencia y la guerra perpetua. Porque si bien el individualismo parece afirmarse también sin fronteras –pocas diferencias entre lo “local” y lo “global”– desarticulando viejas identificaciones, estructuras y tradiciones –partidos políticos, creencias, agrupamientos, solidaridades de clase–, nuevas redes de sociabilidad surgen en la lucha por la hegemonía, en otros frentes tal vez menos previsibles, cuyas reivindicaciones, quizá de inicio “particulares” –y lejos ya de la utopía– pueden alcanzar, aun transitoriamente, el valor de lo universal (Laclau 1996). En este sentido, y en esa evanescencia de los límites entre público, privado y biográfico, ha adquirido visibilidad la construcción identitaria de las minorías –étnicas, religiosas, culturales, sexuales, de género, etcétera–, su afirmación ontológica como diferencias y no como meras tonalidades de “lo mismo”,

la lucha por los derechos humanos y la ampliación de los derechos cívicos, la afloración de memorias individuales y colectivas, la búsqueda emancipatoria de diverso signo, la aspiración a una democracia con equidad y, más recientemente, el retorno de la preocupación por la paz mundial y por el cese de la discriminación migratoria.

Pero hay también otros dilemas, teóricos, en estas modulaciones de la subjetividad: que aquello que aparece como lo más espontáneo y auténtico, ligado a la vivencia, a la memoria, a la cercanía de la “vida real” –y entonces, lejos de la fabulación de la ficción y, por ende, bajo otro régimen de verdad– está modelado desde antiguo por los mismos procedimientos que aquélla: la novela da forma a la biografía, la biografía informa a la novela, la lírica resuena en unas y otras. Sin embargo, pese a la imposibilidad de la *presencia* –ese ajuste imaginario entre el ser y el decir/mostrar–, a la “imposible narración de sí mismo”, como diría Régine Robin (1996), pese a la sabiduría acumulada sobre la esquivia consistencia del yo, esos géneros, en la multiplicidad en que conviven en el espacio biográfico –híbrido, heterogéneo, heteróclito, pero sin renuncia a las diferencias respectivas en términos éticos, estéticos y políticos–, siguen teniendo, en la cultura contemporánea, un innegable suplemento de valor: el “valor biográfico”, como lo definiera Bajtín (1979 [1982]), que al “poner en orden” una vida en el relato ayuda a poner en orden la propia vida –la vida misma, se podría decir. Es que nuestra errática existencia sólo adquiere unidad –y sentido– en la narración: aprendemos a vivir, según percibiera tempranamente nuestro pensador ruso, más por las revistas, las novelas, los códigos morales –la televisión, diríamos hoy– que “por propia experiencia”. He aquí la potencialidad de lo biográfico en la construcción de identidades, individuales y colectivas.

2.3 IDENTIDADES NARRATIVAS

Cabe retomar ahora la concepción no esencialista de la identidad que anticipábamos en nuestra introducción: no como una suma de atributos diferenciales e inmutables sino como una posicionalidad relacional, una confluencia de discursos y narrativas donde se actualizan diversas posiciones de sujeto no susceptibles de ser fijadas más que temporariamente ni reductibles a unos pocos significantes “clave” (Butler 1990 [2001]; Mouffe 1999; Arfuch 2002), y entonces más cerca de las identificaciones, según el concepto psicoanalítico –un sujeto incompleto, atravesado por la falta, la carencia, que justamente por eso tiende a llenar su “vacío” con procesos de identificación con otros, reales o imaginarios– que de su clásica acepción en singular. Como diría Stuart Hall (1996), un devenir más que un *ser*.

Si la espacialidad juega aquí un rol fundamental, lo es, como puede advertirse, en estrecha relación con la temporalidad. Espacio y tiempo confluyen en la construcción de identidades personales y colectivas, de lo más íntimo a lo global, como sugería Doeren Massey, pero también desde una estructura peculiar: la narración. Es justamente a partir de esa estructura que Paul Ricoeur (1983, 1984, 1985) elabora su magna ana-

lítica de la temporalidad y su concepto de identidad narrativa. Queriendo alejarse del esencialismo pero atendiendo igualmente a lo que permanece, a lo reconocible como propio más allá de los cambios y de la contingencia —aquello que nos identifica a lo largo del trayecto de la vida como “el mismo/la misma”—, encuentra en la narrativa, en la puesta en forma que supone todo relato —una trama articulada en un desarrollo temporal, con sus personajes, acontecimientos, transformaciones—, el modelo apropiado de esa fluctuación identitaria entre “lo mismo” y “lo otro”. Así, la identidad narrativa se despliega como una oscilación entre dos polos, “el mismo” (*idem*) y el “*si mismo*” (*ipse*) como *otro*”, con diversos grados de proximidad pero sin fijarse en ninguno de ellos. Figura del intervalo que parece caracterizar también un tipo de pensamiento móvil, rizomático, poco afín al encerramiento en un “lugar”.

Si la narración es el espacio donde “el tiempo se hace humano”, se encarna en la experiencia de los sujetos, deja de ser un singular abstracto para tornarse temporalidad, es también, de acuerdo con sus lejanos ancestros del cuento popular, un espacio ético: lo que estará siempre en juego en el relato, cualquiera sea su puesta en forma —que para el filósofo es una puesta en sentido— es la valoración de la vida humana y su infinita peripecia, la eterna tensión entre fuerzas contrapuestas. Es importante señalar esta densidad que contiene el concepto de identidad narrativa, su amplitud filosófica más que metodológica, aunque sea capaz de operar asimismo en este último sentido.

Espacio y tiempo se unen también en el pensamiento de Bajtín (1975 [1978]), que transforma una categoría matemática —el cronotopo, literalmente tiempo/espacio) en un concepto válido para la literatura, y por ende, para el campo de la narrativa en general. El cronotopo es, entonces, una especie de punto nodal de la trama, tiene una dimensión configurativa por cuanto inviste de sentido acciones y personajes, que asumirán por ello mismo una cierta cualidad. En él operará tanto el presente de la narración —su actualización en un relato verbal, visual, audiovisual— como la carga valorativa que conlleva por historia y tradición. Ejemplos clásicos: la ruta —de los peregrinos a los *road-movies*—, la plaza pública, como en Rabelais, la calle, el castillo, el salón —típico de Balzac—, pero también la vida —el camino de la vida—, el linaje, la familia, la casa, el hogar...

Espacio y tiempo se articulan además con una fuerte investidura afectiva, emocional, con la transformación del espacio en un *lugar*, en un sitio emblemático donde las cosas no simplemente ocurren, sino que ocurren precisamente porque se está allí. Aquí también hay una apuesta ética, que atraviesa, desde sus más tempranos ensayos filosóficos, toda la “arquitectura” del pensamiento bajtiniano: la estrecha relación entre arte y vida, la valoración del mundo que conlleva el lenguaje, la tensión hacia el otro y, por ende, la responsabilidad por el otro.

Es en esa dimensión compartida —espacio/temporalidad, investidura afectiva, apuesta ética— que ambos conceptos, identidad narrativa y cronotopo, pueden aportar claves interpretativas iluminadoras en relación con nuestro tema.

3. IDENTIDADES MIGRANTES

Más allá de la teoría —y a veces, parecería, *a pesar de ella*—, la problemática identitaria ocupa actualmente, en diversas latitudes, un primer plano del acontecer: como inquietud de redefinición —regionalismos, separatismos—, como estrategia política de reafirmación —nacionalismos, fundamentalismos— como afirmación ontológica de nuevas identificaciones, como reacción defensiva ante el riesgo de lo diferente. Entre esas “perturbaciones” de la identidad, la cuestión migratoria es una de las más conflictivas en el escenario global.

Dos cronotopos bajtinianos, dos lugares altamente simbólicos, el hogar —por excelencia el reducto de la privacidad— y el camino, se enfrentan hoy, en la candente geografía del planeta, como lugares antitéticos más que correlativos, lejana ya la resonancia épica del viaje del héroe y su retorno a la tierra natal, vencedor de innúmeras pruebas que lo traían nuevamente al seno familiar y cuyo balance orillaba la noción de justicia. Por el contrario, los tránsitos contemporáneos, esas migraciones forzadas que movilizan muchedumbres en pos de una esperanza mínima de supervivencia, han hecho del hogar una lejanía y un extrañamiento —de lenguas, de ritos, de sabores, de costumbres— o una pérdida irreparable; y del camino, una temporalidad dilatada —cuando no trágica— sin garantía de llegar a puerto —y mucho menos a puerto seguro.

Tiempo y espacio se entraman así en una reconfiguración identitaria que dista mucho, en las actuales circunstancias, de las producidas apenas hace unas pocas décadas, cuando aún era posible transformar una tierra extraña en un lugar habitable, asimilar otra lengua, cobijar la descendencia y aceptar una doble pertenencia cultural —y hasta formar parte de una cultura “transnacional”, según algunas definiciones (Robins y Aksoy 2005)—, por más que la raigambre mítica del “hogar”, ésa que se expresa a veces simplemente en un mínimo juego de deícticos —“aquí”/“allí”— siguiera alimentando la fantasía del retorno. Y sin embargo, aun esos anclajes están hoy amenazados, se transforman en transitorios en la medida en que el espacio tradicionalmente aludido como “receptor” parece achicarse, devenir expulsivo y amenazador.

Quizá la denominación ya instituida de “identidades migrantes”, con su carga metafórica y para algunos “posmoderna” —identidades de elección: sexuales, étnicas, culturales, etcétera—, fluctuaciones sin sedentarismo voluntario, experimentaciones múltiples, desarraigos buscados, sólo pueda usarse hoy en su violenta literalidad: la tan mentada disolución de las fronteras, la fluidez “sin fricciones” de la globalización parece haberse transformado, por el contrario, en una prisión simbólica y tangible, donde la virtualidad despliega al infinito sus ojos controladores —el panóptico es ya un arcaísmo— pero también crecen murallas sólidas como antaño y el “ser migrante” se ha transformado en una identidad esencial.

Y si es verdad que sólo se habla de la identidad cuando se la “pierde”, cuando está amenazada por una otredad, cabría preguntarse si es por eso —por el temor difuso del

“inmigrante” como compendio de todos los males— que el tema retorna a un primer plano del discurso, desafiando en la realidad de los hechos —donde operan dramáticamente “atributos diferenciales e inmutables” que son marcadores de desigualdad— el optimismo democrático —y quizá infundado— de la teoría, ese hipotético reconocimiento de la pluralidad y la diferencia, que sería también un signo de la época.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- ARFUCH, L. (2002) *El espacio biográfico. Dilemas de la subjetividad contemporánea*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- (COMP.) (2002) *Identidades, sujetos y subjetividades*. Buenos Aires: Prometeo.
- BAJTIN, M. (1979) *Estética de la creación verbal*. México: Siglo XXI, 1982.
- BAKTHINE, M. (1975) *Théorie et esthétique du roman*. Paris: Gallimard, 1978.
- BARCELLONA, P. (1992) *Posmodernismo y comunidad. El regreso de la vinculación social*. Madrid: Trotta.
- BUTLER, J. (1990) *El género en disputa*. Buenos Aires: Paidós, 2001.
- HALL, S. y DU GAY, P. (Eds.) (1996) *Questions of cultural identity*. London: Sage.
- LACLAU, E. (1995) *Emancipación y diferencia*. Buenos Aires: Ariel, 1996.
- (2005) *La razón populista*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- MASSEY, D. (2005) “La filosofía y la política de la espacialidad. Algunas consideraciones” en *Pensar este tiempo. Espacios, afectos, pertenencias* de Arfuch, L. (Comp.). 101-129. Buenos Aires: Paidós.
- MOUFFE, C. (1999) *El retorno de lo político*. Barcelona: Paidós.
- (2003) *La paradoja democrática*. Barcelona: Gedisa.
- RICOEUR, P. (1983) (1984) (1985) *Temps et récit*. Tomos I, II y III. París: Seuil.
- ROBIN, R. (1996) *Identidad, memoria, relato. La imposible narración de sí mismo*. Buenos Aires: Serie Cuadernos de Posgrado, Facultad de Ciencias Sociales/CBC, UBA.
- ROBINS, K. y AKSOY, A. (2005) “El que busca encuentra. Mirada transnacional y conocimiento-experiencia” en *Pensar este tiempo. Espacios, afectos, pertenencias* de Arfuch, L. (Comp.). 169-209. Buenos Aires: Paidós.